

Los orígenes del fundamentalismo islámico

Lic. Damián Paikin (CEPI – CONICET)

El fundamentalismo islámico ha salido a la palestra en los últimos años tanto por su accionar como por la decisión del gobierno de George W. Bush de convertir a este fenómeno en el principal enemigo del mundo “occidental y cristiano”, dividiendo al planeta en un juego maniqueo entre los buenos y los malos, que no son sólo ellos, pero que son esencialmente ellos. Pero más allá del uso instrumental que se le quiera dar desde Occidente a estas organizaciones como racionalizadoras de su accionar, lo cierto es que los grupos integristas islámicos son un fenómeno real, que cada día cobran más relieve dentro del mundo musulmán, y que por tanto vale la pena preguntarse sobre cuál es su historia y cuáles son sus raíces.

Para este análisis es importante tener en cuenta que no es el Islam como religión la que da pie a estas corrientes, que de hecho existen al interior de otros credos, sino determinadas condiciones históricas, ligadas principalmente con el fenómeno imperialista en sus diversas etapas. De hecho, los orígenes teóricos del integrismo islámico se remontan a principios del siglo XIX, cuando Francia y Gran Bretaña comienzan a adueñarse de territorios en el Medio Oriente y el norte de África, provocando el desmembramiento del califato asentado en Turquía. La expansión imperialista termina así con doce siglos durante los cuales, para los pueblos del mundo árabe, la vinculación entre política y religión, en la figura del califa primero y después del sultán, era total. Este dato será central para entender el desarrollo posterior del fundamentalismo.

Con la llegada del agresor extranjero, de inmediato surgen al interior del mundo islámico dos corrientes de resistencia. La primera, que fue el origen de los movimientos nacionalistas árabes (como el nasserismo, o el partido Baath de Saddam Hussein), toma algunas de las banderas de los invasores y las vuelve contra ellos, haciéndose cargo de las premisas de la modernidad y exigiendo para los pueblos oprimidos los mismos derechos a la libertad y al desarrollo que tiene el mundo central.

La segunda, por su parte, que es de donde nacerá el fundamentalismo, fustiga duramente al imperialismo planteando una reislamización de las sociedades para evitar caer en la corrupción que a su juicio fue la que los llevó a ser derrotados por los infieles. La lucha, entonces, es vivida aquí no como un problema socio –económico entre potencias imperiales y el mundo periférico, sino como un conflicto de marcos civilizatorios, centrado particularmente en la crítica a la idea de separación entre política y religión. Como plantea Oscar Raúl Cardoso “esta corriente aparece detenida en una etapa anterior al momento en que Occidente dividió lo que es del Cesar de lo que es de Dios”.

Los primeros pasos de este movimiento se dan a través de una fuerte corriente de reforma religiosa iniciada por Jamal Al – Dim Al- Afganhi (1839-1897) quien proponía un renacimiento de la fe a partir de una vuelta a las fuentes puras del profeta de Medina, frente a la corrupción que sufrieron todas las demás ramas del Islam a lo largo de la historia y que habían provocado la derrota. El salafismo –tal es el nombre de la corriente de Al – Afganhi -, finalmente va a tomar forma política clara en 1928 con el nacimiento en Egipto de la “Sociedad de los Hermanos Musulmanes”, de origen sunni, fundado por Hassan Al Bana, pero será recién tras el triunfo de la revolución iraní (shiita) en 1979, que el integrismo islámico va a entrar a jugar su lugar en la agenda de la seguridad occidental. Sobre este punto el profesor Norberto Méndez explica que “los norteamericanos ya conocían, antes de la revolución iraní, regímenes fundamentalistas como Arabia Saudita, Yemen, Omán, etc., pero ninguno de ellos amenazaban sus

intereses petroleros o geopolíticos y por tanto, no existía entonces el mundo islámico ni el fundamentalismo como conceptos políticos, porque no se constituían como problema. Con la llegada de Khomeini es que esto cambió”.

Esta primera aparición del fundamentalismo islámico, sin embargo, para principios de los noventa, ya había quedado en el pasado, siendo solamente retomado esporádicamente en relación a la cuestión Palestina a partir de organizaciones como el *Hamas* o la *Jihad Islámica* y en menor medida al avance del Frente Islámico de Salvación (FIS) en Argelia. Hasta el 11 de Septiembre del 2001, fecha que mostró al mundo la aparición de la organización islámica Al Qaeda, cuyo origen se remonta a la lucha contra los soviéticos en Afganistán.

Los “héroes” de Afganistán

Para el momento en que Khomeini llegaba al poder en Irán, provocando la reacción de Estados Unidos, un poco más al norte, las tropas soviéticas invadían Afganistán, con el fin de apoyar al gobierno pro comunista instalado en Kabul que estaba siendo fuertemente acosado por los *mujaidines* talibanes¹, quienes querían imponer un gobierno islámico en el país. Financiados por los EEUU, estos combatientes lanzaron un llamado al mundo musulmán para conseguir combatientes que fueran a luchar por el Islam contra los ateos comunistas. Así, miles de voluntarios llegaron hasta el montañoso suelo afgano donde fueron entrenados por la CIA en técnicas de guerrilla. Entre ellos estaba Bin Laden, quien llegaba hasta allí como representante de uno de los gobiernos más fanáticos del mundo musulmán: el saudí.

Cuando los rusos finalmente se marcharon, los voluntarios volvieron a sus países imbuidos del fanatismo religioso y precedidos por la gloria de su hazaña. Con ellos es que Bin Laden construyó Al Qaeda. De origen wahabi, rama conservadora del Islam, aunque este peleado con la casa real de su país por considerarla corrupta, el magnate saudí se colocó al frente de una verdadera internacional islámica que, a diferencia de los demás grupos mencionados (como el Hamas, el Hesbollah, la Jihad, etc) no construye poder político de masas, ni parece interesado en tomar el poder estatal, sino que más bien plantea un enfrentamiento de acciones aisladas contra Occidente. “Esto es muy interesante porque en su discurso comparte algunos de los items clásicos de los demás grupos, pero difiere en la legitimación de su accionar, utilizando un lenguaje que alude permanentemente a las cruzadas, como queriendo recrear un ambiente de choque civilizatorio similar al planteado por Huntington”, explicó Méndez.

Es que justamente en este juego de espejos es donde también Al Qaeda construye su legitimidad. Es la oposición al agresor, y cuanto más bombardee, humille y masacre los Estados Unidos a los pueblos musulmanes, más simpatías cosechará Al Qaeda, sobre todo ante el fracaso de los movimientos de masas como los nacionalismos, que nunca pudieron sacar a sus pueblos del atraso y la pobreza, en parte, paradójicamente, por la oposición de EEUU que siempre buscó financiar a los grupos religiosos para evitar el éxito de políticas que planteaban una alternativa al *american way of live*.

¹ En una entrevista realizada por la revista francesa *Le Nouvel Observateur* en 1998, Zbigniew Brzezinski, consejero de seguridad de Jimmy Carter aceptó que la ayuda norteamericana comenzó aún antes de que los soviéticos entraran en Afganistán. “La verdad, secreta y oculta hasta la fecha es que el presidente Carter firmó el 3 de julio de 1979 la primera directiva de ayuda a los mujaidines. No empujamos a los rusos para que intervinieran, pero incrementamos a sabiendas la posibilidad de que lo hicieran”, relató.